

El tiempo de las mujeres

*Luis González Placencia**

1.

Los feminicidios no son nada nuevo y es justo en ello que radica su importancia. Su existencia es tan antigua y tan actual como el mismísimo Sati, la tradición india según la cual las mujeres deben inmolarse en la pira funeraria de sus maridos muertos, para sucumbir con ellos porque su existencia, sin ellos, carece de sentido.²⁰

La violencia de género es probablemente tan antigua como el momento en el que nació el lenguaje, cuando quedó inscripta en la lengua y se volvió discurso. “Al principio era el verbo”, reza un pasaje bíblico que no cuenta, sin embargo, que fue Adán y no Eva quien capitalizó la potestad de representar acciones mediante el habla y, con ello, de construir su mundo —que finalmente se volvió *nuestro* mundo— a imagen y semejanza suya, que es también la imagen del patriarca. Tres mil quinientos años después, el famoso aforismo de

* Profesor-Investigador del Centro de Investigaciones jurídico-políticas de la Universidad Autónoma de Tlaxcala.

²⁰ Ver Nehaluddin Ahmad, “Sati Tradition. Widow Burning in India: A Socio-legal Examination”, *JCLI*, 2009, <http://webjcli.ncl.ac.uk/2009/issue2/ahmad2.html>

Wittgenstein,²¹ que reza “los límites de mi lenguaje son los límites del mundo” —releído en clave política— resuena hoy día con una fuerza extraordinaria porque no sólo marca el límite sobre aquello de lo que se puede y de lo que no se puede hablar, sino porque ha sido el fundamento para comprender que, como dirían Berger y Luckman,²² la realidad es socialmente construida por medio del lenguaje y que esa dimensión constituyente no es neutral y, por supuesto, tampoco inocua.

El discurso no es solo contexto de sentido, porque es también contexto de autoridad. Son reglas que autorizan la violencia desde lo simbólico y que subliminalmente empujan a ejercerla hasta lo material.²³

2.

En este sentido, la modernidad no ha sido sino un marco más que, con justificaciones distintas, autoriza la violencia de género. El poder pastoral que inventó a las brujas le cedió el monopolio de esta violencia a la soberanía biopolítica que, desde la ilustración hasta la posmodernidad, ejerce el poder de clasificar, seleccionar y, en última instancia, elegir, quién vive y quién muere, a quién se incluye y a quién se excluye, quién domina y quién se somete, siempre desde la perspectiva patriarcal.

²¹ Ver. Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico Philosophicus*, Madrid, Alianza, 2003.

²² Ver Peter Berger y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995.

²³ Ver Rita Segato, *La guerra contra las mujeres*, Madrid, Traficantes de sueños, 2016.

El liberalismo, por ejemplo, que inventó la cárcel, dio forma moderna a la familia como una forma de privación simbólica y real de libertad para las mujeres. Les asignó un sitio relegado a la vida privada, donde las reglas fueron potestad del señor, y prescribió sus funciones asignándoles deberes de cuidado y de reproducción, para, finalmente, proscribir cualquier atrevimiento a desafiar esos deberes. Ellas atendiendo la casa mientras los varones burgueses construían la modernidad.

Los igualitarismos visibilizaron la desigualdad material, pero su ánimo emancipador no alcanzó a ver ámbitos de dominio distintos al del capital. Ni el *Welfare*, ni las revoluciones sociales y menos aún el fascismo, fueron más allá del anhelo de rebeldía de unos hombres respecto de lo que en el plano material construyeron otros hombres. Por encima de esos procesos de emancipación material, y mientras el mundo era escenario de la más grande matanza entre varones durante la Segunda Guerra Mundial, el positivismo científico construyó el más ambicioso proyecto de expropiación de la conversación pública, de construcción de nuevo contexto de autoridad que dio, a través del discurso científico, nuevos argumentos al patriarcalismo —y a otros “normocentrismos”— pero esta vez, fundados, ni más ni menos que en *la verdad*: la naturaleza femenina, su destino en la maternidad, su subordinación al padre y luego al marido, su responsabilidad con la prole, con los “hermanos”, con los “enfermos” y con los “viejos”, con la “familia”, en suma.

3.

Dice Wallerstein²⁴ que los movimientos sociales de la posguerra, en especial los de mujeres, no por casualidad jóvenes afrodescendientes, fueron también un reclamo a sus padres y madres por la pasividad con la que aceptaron el capitalismo a cambio de bienestar. Pero no menos cierto es, en todo caso, que ese espacio lo aprovecharon las mujeres para reclamar el reconocimiento de su identidad, para expropiar a los varones el derecho que éstos se arrogaron sobre sus cuerpos y para desafiar el lugar de vulnerabilidad en el que el binomio patriarcalismo y ciencia les impuso.

En este contexto es que nace la tercera ola del feminismo que, a diferencia de las primeras dos, registradas en el tardío siglo XIX y el temprano siglo XX, tuvo un importantísimo impacto en los derechos humanos porque, gracias a la conciencia del dómino, a la construcción de una epistemología y de una metodología propias para la emancipación, la perspectiva de género, que fue uno de sus productos, fue un importante impulso para que otras identidades sometidas a dominio se emanciparan y dieran lugar a lo que, según Chomsky, los más conservadores identificaron como un "exceso de democracia": demasiadas libertades, concedidas a las mujeres, — y a otras identidades sometidas como las comunidades LGBTTIQ, los afrodescendientes, las juventudes, las personas con discapacidad, entre otras— quienes, como afirmó un obispo brasileño: "...querían votar y ahora quieren abortar".

²⁴ Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, 2011.

Este último periodo, que es el que se ha reconocido como neoliberalismo, ha sido escenario de una amplia estrategia de recuperación del control sobre las mujeres a manos de un conservadurismo que, orientado fundamentalmente por el mercado, ha querido devolverlas a sus casas, para reprivatizar las tareas de cuidado.²⁵ La construcción de un discurso conservador al que se ha llamado “ideología de género” ha sido la principal herramienta para intentar desconstruir a su vez el discurso feminista. Es un intento que se monta en un cientificismo que le debe más a la posverdad que al rigor académico, pero que, al recurrir a valores ampliamente aceptados, como es el caso de la unidad de la familia, ha logrado una aceptación acrítica sorprendente.

4.

Quizá por ello, a la luz de estos embates y de las prácticas de acoso y violencia es que el feminismo retoñó en movimientos que, como es el caso del #MeToo y otras manifestaciones de denuncia que de éste han derivado o le son tributarias, se volvieron virales y con ello, globales. Nuestras universidades, por ejemplo, se tornaron, en ese contexto, escenarios de develación de prácticas por todos conocidas, por pocos denunciadas y por muchos toleradas, que han marcado por generaciones la relación entre docentes y alumnas, como relaciones violentas, desde las formas más sutiles de flirteo hasta las más grotescas, incluida la violación. Sin descontar, desde

²⁵ Ver, por ejemplo, el análisis que hace Wendy Brown, *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*, Barcelona, Malpaso, 2015.

luego, que en el propio proceso de reapropiación que las mujeres han hecho de sus cuerpos, hayan sido planteadas hipótesis que, bajo el mantra neoliberal de “lo que se puede comprar se puede vender”,²⁶ han hecho pasar por empoderamiento femenino la práctica de vender el cuerpo a cambio de ventajas académicas.²⁷

Pero, más allá de lo anecdótico, el poder mostrado por las mujeres el 8 de marzo de 2020 en varias capitales del mundo ha servido para que, quizá por primera vez de manera masiva, la consigna “cambemos el miedo de lugar” para revertir la sensación de desprotección que históricamente los varones han hecho sentir a las mujeres debida al temor de ser denunciado como depredador sexual, haya tenido un éxito mayor y, en efecto, haya logrado, por primera vez, poner a los hombres en su lugar. Lo interesante es el potencial que tiene esta consigna para subvertir el orden patriarcal y, junto con él, el orden económico y social que le ha servido de sustento. De ahí que no pocas personas hayan pensado que el camino para superar la modernidad, y con ella sus discursos económicos, políticos y sociales, incluido desde luego el capitalismo, es precisamente el feminismo. La mirada femenina y su capacidad de organización horizontal han mostrado ser un camino posible en la construcción de un nuevo orden social mundial.

²⁶ Sobre la idea que sugiere la frase “lo que se puede comprar se debe vender”, véase Michel Sandel, *Lo que el dinero no puede comprar*, Barcelona, Random House, 2013.

²⁷ Muy recomendable en este sentido es el análisis de Marta Lamas, *Acoso*, México, FCE, 2018.

5.

Hoy, sin embargo, la crisis del COVID-19 se presenta como un desafío. Uno de los principales impactos sociales, muy poco tematizados de esta contingencia, ha sido la desmovilización de la inercia generada por el 8 de marzo pasado y la reclusión en casa de la violencia que antes se vivía también en las calles, en las escuelas, en las empresas y en las instituciones. Aquí hay un foco rojo que, en estas condiciones que nos han empujado a constituirnos, como dice Byung-Chul Han,²⁸ en comunidades de personas privadas, resulta de la mayor dificultad atender. Y no sólo porque se ha reprivatizado la violencia, sino porque esta condición de desmovilización es funcional a la práctica de una vida social mucho más cargada al individualismo que nunca.

De ahí que el tiempo de las mujeres tiene que ser planteado como alternativa al momento que se aproxima, como una suerte de contrapeso al neoliberalismo radical que estos tiempos aciagos anuncian.

²⁸ Ver Byung-Chul Han, *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Madrid, Herder, 2015.